

Redes femeninas, familia popular y ancianidad en Venezuela

Blanca De Lima *

Yulitza Sánchez †

Resumen

El siguiente trabajo aborda la vejez en Venezuela, desde el punto de vista de la familia, y específicamente desde la denominada, en la teoría socio-antropológica venezolana, familia popular. Es decir, una familia atada a la pobreza y con particulares características sociales, culturales y afectivas (Moreno, 1997, 2002; Hurtado, 2003; Otalora y Mora, 2004). Otras dos dimensiones de la vejez alimentan este trabajo: la demográfica y la inequidad socioeconómica y de género. Se busca enriquecer el tema incidiendo desde la gerontología social en función del abierto predominio de la co-residencia de adultos mayores en núcleos familiares populares, auténtica fuente de apoyo para la vejez venezolana.

Abstract

This paper examines elderly people in Venezuela, from the standpoint of the family, specifically from the so-called popular family in the Venezuelan socio-anthropological theory. That is, a family tied to poverty with peculiar social, cultural and emotional characteristics (Moreno, 1997, 2002, Hurtado, 2003; Otalora and Mora, 2004). Two other dimensions of the elderly population are taking into account: the demographic and the socio-economic and gender inequality. This article seeks to enhance the theme of social gerontology, considering the high prevalence of co-residence of elderly people in popular households, which constitute genuine source of support for the elderly in Venezuela.

* *Docente en el Programa de Gerontología de la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, Venezuela. Correo electrónico: blancadelima@hotmail.com*

† *Gerontóloga en la Unidad Gerontológica Dr. Marcos Serres Padilla, Maturín, Venezuela. Correo electrónico: yulsanc75@hotmail.com*

Palabras clave

Vejez, familia, gerontología social, Venezuela.

Key words

Elderly people, family, social gerontology, Venezuela.

Introducción

En estas páginas se resumen las principales teorizaciones sobre la familia popular venezolana y se reúnen resultados de diversas investigaciones sociales del área gerontológica, casi todas inéditas, desde donde emergen las redes familiares femeninas integradas por abuelas, madres, hijas y otras mujeres de la familia. El accionar de estas redes femeninas en torno a la vejez se enlaza en las reflexiones finales con el concepto *habitar* de Duch y Mèlich (2005) y la división constitutiva de las relaciones sociales de dominación y de explotación instituidas entre los sexos expuesta por Bourdieu (2005), a fin de enriquecer la dimensión de la inequidad de género.

Se enfoca el tema desde la gerontología social, lo que lleva a considerar los aportes que sobre el tema han hecho instituciones y estudiosos de la problemática social y demográfica de la vejez. La tendencia de los documentos oficiales y de las investigaciones es afirmar que la familia es la principal fuente de apoyo en la vejez, pero también que se encuentra bajo cambios y presiones que pueden limitar su capacidad para dar ese apoyo, en especial cuando hay pobreza y/o fragilización del estado de salud de sus miembros. El marco conceptual elaborado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en el marco del Año Internacional de las Personas de edad 1999, por ejemplo, indica que “En muchos lugares diversos factores afectan la situación económica de las personas de edad, como la desvinculación de la fuerza de trabajo, la falta de conocimientos actualizados, la desvalorización de los ahorros y las pensiones y la pobreza de las personas de edad, la familia y la sociedad en general” (ONU, 1999). Más hacia el presente, el diagnóstico sobre situación y políticas para la vejez de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) reconoce que “La incorporación plena de la mujer al mundo del trabajo fuera del hogar (...) disminuye

la disponibilidad de un recurso de apoyo que por su condición de género ha tendido a estar sobrecargado con funciones de cuidado” (CEPAL, 2003:16). La Organización Panamericana de la Salud (OPS) ha llegado a conclusiones similares y afirma: “En vista de los cambios mencionados, es menos probable que los miembros de la familia dependientes y ancianos reciban atención adecuada” (OPS, 2003:6).

En el caso de la mujer venezolana, “Su participación [en el mercado de trabajo externo] en los últimos treinta años ha pasado de 23,9 en 1971 a 52,5 en el 2001, representando un incremento en la tasa [de empleo femenino] de 28,6 puntos porcentuales. La evolución por periodo indica que desde los años noventa el ritmo de incorporación femenina al trabajo se ha acelerado” (Paredes, 2005:28). Este acelerado egreso de la cotidianidad del hogar, sin abandonar el control del ámbito doméstico, ha generado conflictos en la mujer venezolana: “Manifestaron [las mujeres] angustia por la multiplicidad de responsabilidades” (CISFEM, 1994a:27). Un estudio en el ámbito de mujeres profesionales indica que hay “tensión que se genera en ellas como consecuencia de la falta de tiempo disponible para asumir la pluralidad de roles que se le exigen” y que “la mujer vivencia sentimientos de culpa al no poder brindarle a sus hijos el tiempo y la atención que requieren como consecuencia de su desempeño en múltiples roles, lo que desencadena en ella sentimientos de insatisfacción” (García, 1996: 109). Lo anterior, como fenómeno a largo plazo, afectaría a los adultos mayores que reciben de sus familias apoyo en bienes, dinero y/o servicios, particularmente en estos últimos; circunstancia ampliamente revelada por la encuesta Salud, Bienestar y Envejecimiento (SABE) (CEPAL, 2003:16) ∅.

Los datos de la CEPAL dicen con claridad que en la mayoría de los países latinoamericanos entre un 20 y hasta más del 30% de hogares viven adultos mayores en co-residencia con otros familiares, y en las capitales donde se aplicó la encuesta SABE se encontró que entre el 40 a 65% de adultos mayores vive con hijos, bien solteros o casados (Guzmán y Huenchuán, 2005: 364-365). Por tanto, la familia es de vital importancia

∅ *El proyecto SABE fue una encuesta sobre salud y bienestar del adulto mayor aplicada entre 1999 y 2000 en siete ciudades latinoamericanas: Sao Paulo (Brasil), Buenos Aires (Argentina), Bridgetown (Barbados), Santiago (Chile), La Habana (Cuba), Ciudad de México (México) y Montevideo (Uruguay).*

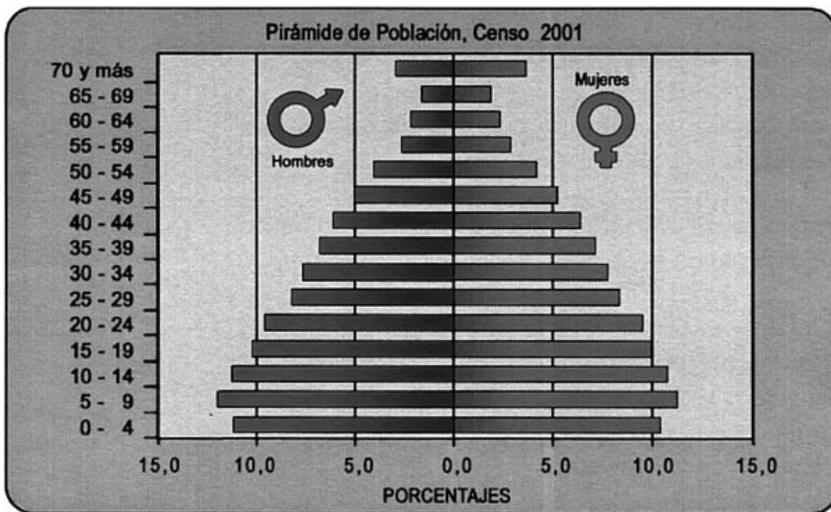
como apoyo para el anciano y es necesario que cada país estudie a fondo sus estructuras familiares y las dinámicas internas que las explican, considerando la presencia del adulto mayor, para diseñar políticas públicas hacia las familias atendiendo al envejecimiento demográfico, los cambios en estatus y roles de la mujer y la pobreza que caracteriza a la gran mayoría de nuestra población. En función de lo anterior, este trabajo busca hacer un aporte en la materia al perfilar el panorama del apoyo que recibe el adulto mayor venezolano, su inserción en el núcleo familiar y la dinámica de la familia, hasta donde la investigación social venezolana lo ha hecho posible.

Ancianidad en Venezuela

Aspectos demográficos

La pirámide poblacional venezolana tiene aún base ancha y cúspide estrecha, propias de un país joven (véase Imagen N° 1); observándose, sin embargo, desde los años ochenta del pasado siglo, una baja sostenida de la natalidad y mortalidad. La tendencia actual es hacia el descenso de la población menor de 30 años y el incremento del grupo de mayores de esa edad; igualmente, la edad promedio del venezolano ha ido en aumento. Estas transformaciones implican cambios en la composición de la fuerza de trabajo (aumenta el número de personas en edad productiva), cambios a nivel de mercado al modificarse las necesidades de consumo, nuevos requerimientos en el área de salud y farmacología para los grupos en edades avanzadas e incremento en las demandas a la seguridad social para la vejez.

Imagen N° 1. Pirámide poblacional de Venezuela. Censo 2001.



Fuente: Instituto Nacional de Estadística. Venezuela.

Desde el censo 1990 se han dejado ver modificaciones en los distintos indicadores demográficos que han introducido variaciones en la pirámide poblacional, la cual refleja un discreto envejecimiento tanto en su base como en la cúspide, siendo clasificado como país en tercera fase de envejecimiento demográfico, con un envejecimiento moderado avanzado (véase Imagen N° 1) (CEPAL, 2006 a:116)§. La población envejecida

§ El proceso de envejecimiento demográfico comprende cuatro fases: fase de alta fecundidad y mortalidad, fase de alta fecundidad y descenso de la mortalidad (también llamada de “explosión demográfica”), fase de descenso de fecundidad y mortalidad y fase de mantenimiento del descenso de fecundidad y mortalidad. En las dos primeras fases no hay envejecimiento demográfico. En la tercera el crecimiento poblacional se reduce y se inicia el envejecimiento demográfico, al aumentar los grupos adultos y disminuir los grupos etáreos infantiles. Esta tercera fase es el inicio de la transición demográfica, que comienza con el llamado envejecimiento por la base. En la última fase aumenta el grupo etáreo de 60 y más años de edad, con envejecimiento demográfico sostenido o envejecimiento por la cúspide. Las fases uno y dos corresponden a los llamados países jóvenes, la fase tres a países en transición demográfica al envejecimiento, y la fase cuatro a los llamados países viejos, que cuentan con más de un 10% de población anciana. El paso de una fase a otra implica, además, el aumento de la esperanza de vida al nacer.

aumenta en mayor cantidad que la población total. Para el censo 2001, la población venezolana alcanzó los 23.054.210 habitantes, con una población adulta mayor de 1.711.298 (7.4%). Para el 2007 se estima en 27.483.208, con una población adulta mayor ascendiendo a 2.212.151 habitantes (8.05%) (INE, Censo 2001) (véase Imagen N° 1).

El envejecimiento poblacional es una realidad en Venezuela. La tasa de crecimiento total, en descenso continuo desde el quinquenio 1975-1980, alcanzó el 22.1 para 1990 y el 16.3 para el quinquenio 2005-2010 (CELADE, 2005:18). La fecundidad y natalidad han descendido sin parar desde 1965, ubicándose la fecundidad para el quinquenio 2005-2010 en 2.55 hijos por mujer y en 21.5 la natalidad (CELADE, 2005:19-20). La esperanza de vida promedio para ambos sexos manifiesta el mismo comportamiento, siendo de 73.8 para el quinquenio 2005-2010 (CELADE, 2005:21). Según cifras del Instituto Nacional de Estadística en el Censo 2001, 24 municipios en seis estados del país han alcanzado su vejez demográfica, es decir, cuentan con más del 10 % de personas mayores de 60 años respecto al total de su población. Contrasta la vejez demográfica en municipios de estados muy débiles, como Falcón, Trujillo y Sucre, con la de municipios de mucha fortaleza económica como Chacao, Nuestra Señora del Rosario de Baruta y El Hatillo, todos del estado Miranda, que forma parte de la llamada Gran Caracas (INE-Censo 2001). En los primeros casos, la explicación se encuentra en el factor migratorio asociado a la pobreza y ruralidad, que ha ocasionado el vaciamiento de los estratos medios y bajos de las pirámides en los municipios empobrecidos. En los segundos, pautas culturales asociadas a población proveniente de Europa occidental, elevados niveles socio educativos y económicos que colocan la natalidad a la baja (Villa, 2005:66-69).

La situación económica del adulto mayor venezolano no es favorable. Cifras de la CEPAL indican que sólo el 26% de venezolanos mayores de 70 años reciben algún tipo de pensión o jubilación, siendo aún menor para el grupo entre 60-69 años de edad. Esto es consecuencia de:

1. Un bajo crecimiento económico en el lapso 1980-2002 (0,65%) (Mora, 2006:103), experimentando desde entonces según cifras oficiales un alza que, sin embargo, no ha vertido sus beneficios sobre el adulto mayor. Venezuela, contradictoriamente, experimenta elevadas cifras de crecimiento económico soportadas en un nuevo *boom* petrolero que ha

estimulado el consumo final privado y el gasto público del gobierno central (61% entre 2004-2006); cifras que se acompañan de elevada inflación, escasez estructural de productos de consumo básico, crisis en la producción agrícola y caída sostenida del producto petrolero, que se compensa con los altos precios del crudo venezolano (Villasmil, 2008).

2. La precaria estructura laboral de Venezuela, caracterizada por la baja productividad y el predominio de la economía informal, lo que hace del mercado de trabajo una “máquina de hacer pobres” (España, 2003: 2).
3. La baja cobertura de la seguridad social, donde nunca se ha aplicado el criterio de universalidad (CEPAL, 2006 a:116-117).

En Venezuela hay poca inversión y poco empleo, lo cual genera pobreza y empobrecimiento. En el periodo 2003-2005 la pobreza y la indigencia alcanzaron en Venezuela el 37,1% y el 15,9% respectivamente, ubicándose en el rango medio detectado por la CEPAL para América Latina en el mismo periodo (39,8% y 15,4%) (CEPAL, 2006 b:7-8). Venezuela no alcanzó el porcentaje estimado para el año 2006 en materia de reducción de pobreza extrema, contemplada como primera meta del milenio. Sin embargo, las cifras oficiales venezolanas han dado un vuelco radical, toda vez que el Instituto Nacional de Estadística ha cambiado la metodología para medir la pobreza y maneja cifras que difieren altamente de las de otros organismos nacionales e internacionales, con lo cual los números oficiales plasman avances que en la actualidad son evaluados por distintos organismos (CEPAL, 2006 b:12)**. En el tema de pobreza, por ejemplo, las cifras oficiales para 2003 arrojaban 7,9 millones de

** *La polémica sobre las estadísticas oficiales venezolanas data de por lo menos ocho años, ocasionando diferencias de resultados entre instituciones y centros de investigación y el Estado venezolano que han llegado a ser extremas, incluso utilizando la misma metodología y fuentes de información. Léase: José Luis Fernández. La pobreza, apuntes para una agenda necesaria. En:*

http://www.pnud.org.ve/email/Contenidos/boletin_02/ArticuloJLFPobreza.pdf (24-01-2007). Luis Pedro España. Las cifras de la pobreza en Venezuela. De las medias verdades a la utilidad verdadera. En:

http://www.acuertosocial.com/download/cdt_256.rtf (27-01-2007). Ministerio de Comunicación e Información. El gobierno bolivariano por la erradicación de la pobreza. En:

http://www.gobiernoenlinea.ve/misc-view/sharedfiles/Folleto_Mision_Pobreza.pdf (27-01-2007).

personas en situación de pobreza extrema, cifra que se redujo para el primer semestre del 2006 a 3,3 millones (Huerta, 2006).

En cuanto a pobreza y familia, las cifras oficiales venezolanas subsumen el concepto familia en la denominada “familia censal” u hogar. El Instituto Nacional de Estadística considera como familia censal u hogar todo grupo que genere ingresos propios administrados de manera directa y destinados a la adquisición de alimentos. Otros rubros como el pago de los servicios públicos, el alquiler de vivienda o la propiedad de la misma, por ejemplo, no se toman en consideración. Así, en una misma vivienda puede haber varias familias censales u hogares. No existen datos censales sobre tipos de familia en base a la parentalidad, redes de apoyo, distribución en la trama urbana u otros. Esta limitación del concepto familia a las variables ingreso-adquisición de alimentos, no refleja lo complejo de la realidad y consideramos que las cifras deben tomarse con reservas. Según cifras del INE, el descenso de hogares pobres ha sido profundo, bajando del 53.1% en el 2004 al 38.5% en el 2005 y para el primer semestre del 2006 a 33,9% (INE, 2007; España, 2006:4).

Esteriotipos y vejez en Venezuela

En Venezuela, los primeros estudios sobre este tema proceden de Sánchez (1977), quien encontró, en términos generales, que la actitud de una muestra de jóvenes venezolanos hacia la vejez era más favorable que la de jóvenes estadounidenses; y una tendencia entre jóvenes universitarios de la Universidad de los Andes a concebirlos: “Como dependientes, físicamente débiles, marginados, necesitados de afecto y con un bajo autoconcepto” (Sánchez, 1977:372). Los estudios realizados en el Programa de Gerontología de la Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda han arrojado circunstancias más complejas, encontrando tanto estereotipia negativa como positiva (Meléndez, 1997; Fernández, 1997; Revilla, 1998; Fernández y Reyes, 2000).

Meléndez (1997) detectó, para el caso de la programación en televisión venezolana, una estereotipia que evoluciona de lo simple a lo complejo, encontrándose tendencias positivas en los programas infantiles (presencia física agradable, amor a los abuelos, experiencia). Estos elementos se complejizan a medida que la programación va dirigida

a grupos étnicos mayores, aparece entonces la estereotipia negativa referida a la sexualidad, amor de pareja, salud y muerte. Como conjunto, es un mensaje distorsionado donde la imagen del anciano es utilizada a conveniencia, generando probablemente contradicciones y problemas de identificación no sólo en los ancianos, sino también en el público en general, que no alcanza a recibir una visión clara de lo que es el proceso de envejecimiento y la etapa de la vejez.

El estudio de Fernández (1997), realizado en un grupo de adultos de estratos sociales medios, arrojó una estereotipia de base negativa, donde al parecer las vivencias directas acerca de la vejez han sido determinantes en la generación de actitudes hacia esta etapa. En general, la muestra de este estudio (de edades comprendidas entre 36-49 años) caracterizó la vejez a partir de elementos biológicos y psicosociales tendentes al rechazo, como soledad, caduquez, terquedad y enfermedad; mismos que la muestra afirmó encontrar en familiares de edad avanzada con quienes convivían.

Revilla (1998) abordó la imagen de la vejez en la publicidad impresa venezolana, detectando una estereotipia diversificada, donde el ángulo positivo explota una imagen agradable del anciano para estimular el consumo compulsivo de la población, orientado hacia los grupos de mayores ingresos (tarjetas de crédito, telefonía, servicios bancarios y otros productos), mientras que por otra parte se maneja una estereotipia negativa que infunde temor hacia la vejez a partir de la publicidad en torno a productos de rejuvenecimiento, particularmente dirigida a la mujer.

Finalmente, la investigación de Fernández y Reyes sobre representaciones sociales en sujetos de edades avanzadas, dio como conclusión una autoimagen positiva, lejos de asociaciones a decadencia o improductividad, de presencia permanente en la literatura gerontológica internacional, aunque perciben una actitud de rechazo en el medio social. Interesante resultado de este estudio es la detección de dos niveles de visualización para la etapa de la vejez en la muestra estudiada: en el primero, se ubican como viejos, asimilando esto a las ideas de productividad y función social, preservación de estatus y roles. En el segundo ubican a la ancianidad a la que visualizan de forma negativa, asociada a la estereotipia del deterioro

físico, mental y social. La muestra acepta la vejez, rechaza la ancianidad (Fernández y Reyes, 2000: 104).

Ha sido interesante, e importante, que la investigación venezolana encuentre particularidades con respecto a otras realidades, aunque es concluyente que la imagen del anciano y la vejez difundida por los medios de comunicación en Venezuela y asumida por muchos individuos coincide con la que caracteriza al hemisferio occidental, como lo resume este párrafo: “Los estudios sobre la imagen del envejecimiento indican que en la actualidad la visión hegemónica en las sociedades occidentales es negativa y se expresa en la representación social de la vejez como pasividad, enfermedad, deterioro, carga o ruptura social” (CEPAL, 2003:25). El tema, sin embargo, no se agota; toda vez que en Venezuela faltan muchas investigaciones para detallar la estereotipia por estratos sociales, grupos de edad, niveles educativos, género y otros. De ello se desprende la necesidad de estudios que, con objetivos muy precisos, estudien el proceso de formación de la estereotipia global del viejo y la vejez, así como la incidencia de los factores socioculturales que hacen prevalecer ciertos elementos.

Matricentrismo, matrisocialidad y familia popular venezolana: aportes teóricos

El abordaje de la familia venezolana pasa por diversas propuestas conceptuales e históricas que, en apretada selección, se exponen en este inciso. Resúmenes de estas se encuentran en Almécija (1992) y Hurtado (1998).

El matricentrismo y la familia atípica venezolana según José Vethencourt

La primera propuesta conceptual, con interpretación histórica, sobre la familia venezolana la hizo José Luis Vethencourt (1974). A partir de un enfoque psicoanalítico y cultural este investigador acuñó el término matricentrismo para explicar lo que denominó la atipicidad de la familia venezolana y su fracaso histórico. Vethencourt habla de una familia venezolana atípica surgida en la época colonial, producto de modificaciones en la familia europea occidental -constituida en torno al matrimonio-, y cuya explicación está en la pobreza.

En su análisis, el matricentrismo se expresa en la presencia de una madre que es el centro afectivo y económico del hogar. Esta madre permanente integra una díada junto a un padre ausente o periférico. Uniones consensuales y pobreza generan una familia atípica e inestructurada, contrapuesta a lo que él entiende como la familia normada, que sería la formada por una unión estable, con hijos y a veces otros consanguíneos. Vethencourt estableció que esa familia atípica y disfuncional está anclada en el inconsciente del venezolano, siendo por ello difícil incidir sobre ella para generar cambios.

El modelo familiar-popular venezolano de Alejandro Moreno

El término matricentrismo fue retomado años después por Moreno, quien establece el modelo familiar-cultural popular venezolano y la figura de la madre popular o mujer-sin-hombre sobre un hilo conductor que retrotrae al periodo de la conquista (Moreno, 1997:7-8). En este modelo familiar es impensable la pareja: “Padre y madre son siempre pensados como separados (...) Se afirma al padre por un lado y a la madre por otro, cada uno con vidas independientes que apenas se tocan” (Moreno, 2002:343).

La familia se estructura desde y a través de las mujeres, destacando la mujer-madre con sus hijos, que es una mujer sola, una mujer sin pareja; esto significa que no requiere al hombre como compañero para una vida en común, no depende de él ni en términos afectivos ni en términos económicos o sociales; el rol del hombre en su vida se reduce a una función genital: hacerla madre. La familia está constituida –dice este teórico- por una columna de madres: “es así una familia de hijos-de-las-madres y exclusivamente de-madre” (Moreno, 2002: 340). La mujer-madre encuentra su estabilidad en la prole, que es para ella fuente de afecto, seguridad económica, protección, comunicación, apoyo, etc. Son frecuentes las uniones transitorias e inestables, dándose el fenómeno de hijos de una madre y diversos padres, realidad que se plasma en la frase popular “mi familia son mis hijos”.

Para los hijos, el padre significa vacío, ausencia, amado y odiado a la vez en caso de conocerlo. El padre está supeditado, en significado, a la madre. Se impone como modelo de representación familiar social y político, siendo para efectos de forma jefe de familia, pero nunca quien

le dé sentido afectivo u organizativo. El padre no llama a la cohesión familiar, mientras la madre unifica. El poder masculino es arbitrario y asociado estrechamente al control por represión y castigo. En medio de su aparente fortaleza es “una figura débil, fugaz, externa y solitaria con respecto a la familia” (Moreno, 2002:341).

El modelo propuesto por Moreno es proyectado por este autor como hipótesis a todos los estratos sociales venezolanos en función de variables culturales de honda raigambre histórica, pero profundiza sus características en la población de menores recursos económicos. A mayor pobreza y carencias sociales, a menor nivel socio-educativo mayor énfasis de la matricentralidad, que se despliega con fuerza en sus múltiples determinaciones; mientras que en los estratos medios y altos puede observarse la atenuación de la ausencia física del padre y su aporte económico estable, mas siempre advirtiéndose la madre como centro afectivo del hogar y factor de unidad intrafamiliar.

La matrisocialidad-matrifocalidad de Samuel Hurtado

Por su parte, a partir de un enfoque etnopsiquiátrico, Hurtado se deslinda del concepto de matricentrismo, al considerar que resulta insuficiente porque “la unidad de análisis es el individuo y su interacción en el juego de sus roles afectivos, y no la relación cultural” (Hurtado, 1998:35). Distingue entre matrisocialidad como exceso psicocultural de la figura materna en la estructura familiar, y la matrifocalidad, referida a la explicación de la dinámica social de la familia, cuyo funcionamiento depende de las decisiones y actuaciones de la madre (Hurtado, 2003:64). Presenta la personalidad matrisocial como “la elaboración de una personalidad étnica particular, que caracteriza al sistema cultural venezolano”, un concepto histórico cultural con contenido psicodinámico (Hurtado, 1998:136).

En realidad, expone este autor, si el apellido paterno y la representación masculina dan forma a la apariencia patrisocial de la familia venezolana, su interior se mueve en torno a motivaciones matrisociales. La madre es el único adulto con autoridad, quien procura la dependencia de los hijos y mantiene relaciones ambivalentes con respecto a los hijos. Hay un claro reparto de funciones madre-hijas, padre-hijos, con la presencia de un mundo femenino y otro masculino (Hurtado, 1998:

152-153). La mujer-madre manipula a su favor el universo familiar y social, apropiándose de los hijos; al hombre corresponde la representación formal y su peso es insignificante; hay una “falta de cultura del padre” en el sentido de una ausencia sociológica (Hurtado, 1998:161-169).

Hurtado resume la estructura familiar matrisocial en cuatro pisos: fuerte unificación del grupo familiar a partir del símbolo de la madre-casa; división sexualizadora del modelo cultural en dos mitades: feme-nina y masculina; desigual sistema de prestaciones entre marido como proveedor económico y la mujer como donadora de sexo; ideal de familia unida relacionado con la familia extensa y una profunda matrilocalidad (Hurtado, 1998:209). Concluye que, pese a su apariencia deficitaria, esta familia “funciona de un modo coherente y completo como todo sistema cultural, a partir de su represión básica, su eje- estructura y a su relación paradigmática, es decir, de la madre/niño” (Hurtado, 1998:289).

Todas las propuestas coinciden en que el común denominador es la autoridad materna y los nexos afectivos profundos con los hijos, cuya crianza recae sobre la mujer. El soporte de este hogar no está representado en la díada hombre-mujer, está desplazado a la díada mujer-hijos.

La investigación social venezolana ha asumido estos términos como elementos indisociables de los estudios sobre familia, haciendo cada autor aportes particulares que van enriqueciendo el tema; Rafael López-Sanz (2000), por ejemplo, analiza lo que denomina grados de intensidad en la matrifocalidad; y Martínez y colaboradores visualizan a la familia matricentrada como punto central para redefinir la política social en Venezuela a partir del concepto de capital social en relación a la familia matricentrada: “el capital social de los pobres se deriva primordialmente de la familia y de los vecinos, y puede servir como una red de seguridad cotidiana e importante (...) Ayudar a los pobres a trascender sus redes de seguridad a fin de que puedan tener acceso a recursos adicionales es uno de los desafíos del desarrollo económico” (Martínez et al., 2004).

Definición conceptual

Este trabajo parte del reconocimiento de la matricentralidad como elemento predominante de la estructura familiar en los estratos pobres y empobrecidos de Venezuela. Entenderemos por matricentralidad a la

madre como centro o autoridad del grupo, factor de unidad entre sus miembros, eje de esta estructura en tanto es punto de concentración afectiva, administrativa y de poder. La madre llama al unitarismo, dando coherencia a ese todo estructurado que es la familia popular, prevaleciendo la díada madre-hijos. En esta madre, el ejercicio del poder se acompaña de dinámicas de control y ejercicio de la autoridad y afectividades específicas que son convergentes, no excluyentes. Sin embargo, es incapaz de identificarse, de presentarse socialmente como autoridad, cediendo este espacio a un varón de la familia. Por otra parte, advertimos que es preciso considerar las realidades de deterioro social y económico, así como las vivencias en cada hogar, que podrían conducir a expresiones diversificadas de la familia matricentrada. Con todo, consideramos que las diferencias serían más de acento que sustanciales. A esto se agregaría además, para efectos de este trabajo, la presencia de lo que denominamos redes femeninas al interior de la familia popular venezolana, que se abordan más adelante (Sánchez, 1999; Blanco y Salazar, 2005).

No debe obviarse, sin embargo, el hecho de que la imagen de la familia nuclear con autoridad masculina, reforzada a través del Código Civil como la familia modelo y la familia legal, en estrecha relación con la imagen nuclear de la familia católica expresada en la sagrada familia, es irradiada a través de los medios de comunicación, las campañas de control natal y la educación religiosa. Este modelo se hace presente cuando se procede a hacer los diagramas de parentesco para comprender las estructuras familiares (Hurtado, 1998:177-188). Con todo, está lejos de ser el patrón de prevalencia en los medios populares urbanos y rurales de Venezuela; dándose más bien una especie de diálogo entre la realidad del matricentrismo -con presencia de estructuras familiares conglomeradas, donde priva una dinámica ajena al estereotipo de la familia nuclear- y las imágenes ideales, diálogo que, en algún momento, la investigación social venezolana deberá abordar en profundidad.

Redes femeninas y ancianidad en Venezuela

Diversas investigaciones en el área gerontológica han perfilado, desde los años noventa del pasado siglo, la familia popular venezolana y su relación con el adulto mayor (Sívoli, 1994; Fernández, 1995; Sánchez, 1999; Fernández y Reyes, 2000; Blanco y Salazar, 2005). Destaca en

el diagrama parental el predominio de la familia matricentrada, extensa y conglomerada, donde la vivienda de un anciano es el centro de la red familiar, y en la misma cohabita con uno o más hijos y sus descendientes. Las distintas familias se desenvuelven en un espacio ampliado, donde la casa del adulto mayor, la casa de cada descendiente, los patios, las calles aledañas y el vecindario se vinculan orgánicamente. Esta estructura se ha encontrado tanto en medios rurales como urbanos populares. Al elevarse el nivel económico y educativo y asociarse a la trama urbana de los estratos medios, en las llamadas, en Venezuela, urbanizaciones o conjuntos residenciales, se observa la persistencia de la matricentralidad con presencia de la abuela en familias extendidas, pero perdiéndose el carácter de conglomerado (Jerez, 2006:46-47).

Abundan en la familia matricentrada de mayor pobreza las mujeres solteras con hijos y altas tasas de fecundidad, amplios periodos de procreación, coincidiendo el primer nieto con el último hijo, habiendo más mujeres adultas que hombres en cada familia. (Sívoli, 1994; Sánchez, 1999). En particular, el estudio de Sánchez (1999), efectuado en una muestra de 30% de familias pobres residente en un sector popular urbano, arrojó 30% de mujeres solteras con hijos y una tasa de fecundidad promedio de 7.3 hijos. Más hacia el presente, un estudio realizado en una muestra de clase media baja residente en una urbanización de medio urbano, encontró familias matricentradas jóvenes con presencia de la abuela como elemento de apoyo a la joven madre con uno o dos hijos inscritos en nivel educativo maternal y/o pre-escolar, predominando las madres solteras con nivel universitario concluido o en curso, y advirtiéndose la ausencia sociológica de padres y abuelos, cuando los hay (Jerez, 2006:45-57) ††.

Se detecta en los estudios una red femenina constituida por madres, hijas, abuelas y otras mujeres de la familia que cumplen distintas funciones, dándose entre ellas apoyo mutuo (Sánchez, 1999:58 y 62; Blanco y Salazar, 2005:43; Jerez, 2006:45-57). La presencia de estas redes podría relacionarse con la afirmación que Hurtado toma de otros autores, referida a que “la compensación que desarrolla la madre para

†† *En Venezuela los dos primeros niveles del sistema educativo son el maternal, para niños entre uno y dos años de edad, y el preescolar o inicial, también denominados Simoncitos o preescolares bolivarianos, para niños entre tres y seis años de edad.*

llenar el faltante del padre y reproducir la lógica matrilineal se refiere a su identificación fuerte con las hijas, así como éstas con aquélla” (Hurtado, 1998:156), pero también con la ausencia física y/o sociológica del padre. Ambos elementos, unidos a condiciones de pobreza, estimularían la formación y consistencia de estas redes, que harían viable la sobrevivencia de diversos núcleos familiares extensos y conglomerados bajo un criterio similar al de “la unión hace la fuerza”. A este respecto, el mismo autor habla de una estructura familiar que consiste “en un conjunto de mujeres emparentadas consanguíneamente, que incorporan varones debido a la necesidad de procrear al mismo tiempo que como exigencia de que cumplan el rol de proveedores (padres de familia) (...) Así la abuela, que es el modelo de la figura materna, preside una especie de familia de tipo clánico” (Hurtado, 2003:66). Esto se correlaciona con los resultados de Fernández y Reyes, quienes concluyeron, en un estudio sobre medio rural, que “la abuela es quien marca las normas, valores y pautas de cría en los niños (...) La madre es la encargada del cuidado rutinario de los niños y de hacer cumplir las normas, siempre bajo la vigilancia de la abuela, quien dicta la pauta hacia donde debe orientarse el grupo familiar” (Fernández y Reyes, 2000:44).

La jefatura del hogar es femenina, aunque formalmente se le adjudique a un varón, para efectos de protocolo social y legal, el estatus de jefe del hogar. Esto se corresponde con el aserto de Hurtado sobre el reparto desigual de las representaciones, que asigna al varón la representación a nivel exterior o social (Hurtado, 1998:161). Coincide lo anterior con el dato de la Organización Internacional del Trabajo, quien encontró que ya para 1982 el 21% de hogares venezolanos estaba encabezado por mujeres, tendencia que además se incrementa con la edad (OIT en OPS, 1990a:73-75). Un estudio del Centro de Investigación Social, Formación y Estudios de la Mujer (CISFEM) analizó cifras de diversas instituciones, concluyendo en que hay una subestimación de la jefatura femenina en los hogares, con un evidente aumento y predominio de la misma entre las familias pobres, imponiéndose como jefas del hogar mujeres viudas, solteras y separadas. En estos hogares hay menores ingresos y la mujer realiza mayormente oficios mal remunerados, como obrera y servicio doméstico (CISFEM, 1994b: 29-34). A nivel continental los hallazgos de la Organización Panamericana de la Salud en años recientes avalan lo ya detectado para Venezuela en los años noventa del siglo XX: “En

las Américas están cambiando los tipos de familia, la composición de los hogares y la situación matrimonial. Desde los años setenta se observa una tendencia marcada hacia los hogares encabezados por mujeres” (OPS, 2003:6). Igual tendencia ha encontrado la CEPAL en su reunión de expertos sobre “Cambios de las Familias en el Marco de las Transformaciones Globales: Necesidad de Políticas Públicas Eficaces” (CEPAL, 2004).

La jefatura femenina se asume para todos los aspectos de la vida diaria, siendo varias mujeres –entre jóvenes y ancianas- quienes dirigen y soportan la marcha de la familia (Sánchez, 1999:56-57; Jerez, 2006:49-52). Esta jefatura se advierte en la presencia de una serie de mujeres-madres que trabajan fuera del hogar, percibiendo salarios mínimos o inferiores al mínimo, cuya ausencia en el horario de trabajo es compensada por la presencia de otras mujeres de la red. El bienestar y la seguridad se advierten en el aporte económico y la atención que el anciano obtiene de la red, destacando el reconocimiento que el adulto mayor hace del cuidado a su persona y de las múltiples funciones ejecutadas por la mujer, incluyendo la jefatura familiar (Sánchez, 1999:63; Blanco y Salazar, 2005:41 y 54). Esta circunstancia de mujeres que cohabitan y diseñan estrategias económicas para mantener la familia fue detectada por la OPS ya en 1990 como una tendencia en el continente, pero también advirtió: “sin embargo, el hecho de que con frecuencia sean [las mujeres] la fuente principal de apoyo económico pone a toda la familia en posición vulnerable a medida que envejecen” (OPS, 1990a:75).

En estos hogares la reproducción de las condiciones de vida depende del equilibrio entre el trabajo doméstico y el trabajo remunerado. Ambos trabajos se distribuyen entre las diversas generaciones femeninas que forman la red familiar. Se conserva así el equilibrio económico de la estructura familiar. En casos extremos de migraciones queda la abuela-madre en el lugar de origen mientras la hija-madre va a la ciudad a trabajar para enviar o llevar dinero al hogar.

El varón adulto registra baja presencia y notorio ausentismo de la cotidianidad del hogar, pero conserva en términos sociales el estatus de autoridad, que le valida para representar al grupo y ejercer determinados roles. Fernández y Reyes encontraron para el medio rural que “el padre

detenta, formalmente hablando, la autoridad en el hogar, pero su presencia tiene escaso peso, ya que registra un elevado ausentismo (...) soporta su autoridad en el acatamiento de ese cuerpo normativo que emana de la abuela”. El padre detenta la autoridad, en todo caso, bajo una concepción clara de estereotipia sexual, respondiendo a un patrón autoritario que castiga verbal o físicamente con severidad; es desprendido, dominante y no muy afectuoso; combina el alto control con la demanda de madurez en la prole, con quien mantiene una baja comunicación (Fernández y Reyes, 2000:44). Por su parte, Jerez encontró en familias jóvenes no pobres de medio urbano una circunstancia muy similar, con ausencia de castigo físico probablemente por la corta edad de la prole, presencia de castigo verbal y notorio ausentismo de la cotidianidad del hogar (Jerez, 2006:51-52).

Los varones prácticamente utilizan la casa como dormitorio, porque salen muy temprano al trabajo y regresan en la tarde o noche (Sánchez, 1999:56). No es raro que a lo largo de su vida este hombre genere más de un grupo familiar –con o sin unión legalizada- sin arraigar en ninguno en particular. Esto enfatiza la fortaleza del vínculo madre-hijos, reafirmada en la expresión masculina referida no a la pareja sino a “la madre de mis hijos”, y justifica que la madre sea una sola, mientras que padre pueda ser cualquiera (Hurtado, 2003:66). Por último, este perfil del varón repercutirá sobre su débil posicionamiento al interior de la estructura familiar matricentrada en la etapa de la vejez. La OPS lo ha expresado así: “en el sector popular, el lugar del hombre en estos hogares es marginal (...) los hombres pueden pertenecer y contribuir económicamente a varios hogares” (OPS, 1990a:72).

Las ancianas participan en la administración y cuidado del hogar, la crianza, educación, control y regulación de los más jóvenes, incluyendo la inculcación de formas, valores y reproducción de patrones culturales (Sánchez, 1999:54 y 66; Fernández y Reyes, 2000:44; Jerez, 2006:48-50). La adulta mayor es la madre por excelencia, impoluta e incuestionable, madre para más de dos generaciones, de allí que Moreno afirme: “la maternidad nunca termina, ni tiene límites en el tiempo o en el espacio” (Moreno, 1997:13). En un estudio más reciente, este teórico de la familia venezolana profundiza en el estatus de la abuela, calificándola como personaje-significado de la familia popular, centro de la familia

extendida, la gran madre de las madres de la familia (Moreno, 2002:340). Por su parte, Hurtado agrega que “la realización de este arquetipo de la madre virginal tiene su momento culminante en la figura de la abuela (...) siempre es la abuela donde se realiza plenamente la figura de la madre en Venezuela. En el esquema de la abuela, se socializan todas las mujeres de la casa como madres, vírgenes y mártires” (Hurtado, 2003:68-69).

Los llamados “viejos” son un grupo que aún aporta dinero mediante trabajos informales de muy baja remuneración, dentro o fuera del hogar, e ingresos inestables e irregulares. El anciano afirma trabajar para sentirse útil y generar ingresos ante las presiones económicas que vive la familia (Yedra, 1995; Ledezma, 1997; Sánchez, 1999; Martínez y García, 2005). Pese a lo irregular de esta actividad económica del anciano, constituye una función de importancia que le asegura, como contraprestación, el recibir apoyo y compañía por parte de la red, a través de hijas, hermanas, nietas, sobrinas y otros parientes mujeres. Nunca, sin embargo, tiene el peso e importancia que la abuela, circunstancia que Moreno también detecta al afirmar “el abuelo también se nos presenta pero con las características “paternas” de fugacidad, tangencialidad e ‘insignificancia’”(Moreno, 2002:340).

La actividad de las redes femeninas que proporcionan apoyo al anciano se expresa, por ejemplo, en cargas horarias distribuidas entre mujeres de distintas edades, y que evitan la soledad y el aislamiento del anciano en la domesticidad. Mientras las adultas trabajan las más jóvenes permanecen en la casa, y los nietos son una realidad presente en cualquier horario (Sánchez, 1999:58). Las relaciones se estructuran de mayor a menor frecuencia –tanto en ancianas como ancianos- con las hijas, hermanas y nietas; por tanto, son las figuras femeninas quienes marcan la pauta en la interacción social al interior del grupo familiar por lo que respecta al adulto mayor (Sánchez, 1999:55 y 58; Blanco y Salazar, 2005:43). Estos hallazgos coinciden con la afirmación de Moreno “el vínculo fuerte circula por vía femenina a través de varias madres pertenecientes a sucesivas generaciones que conviven y comparten sus funciones maternas. Esta es la columna vertebral de la familia” (Moreno, 1997:15). Es preciso agregar que se observa una prevalencia de las líneas de cuidado femeninas sobre las masculinas en dos sentidos; por una parte, la mujer tiende a preferir el cuidado de la anciana sobre

el del anciano; por la otra, los ancianos con hijas tienen mejor prospecto de cuidado y apoyo que aquellos que no las tienen o no cohabitan con alguna de ellas. Esto último coincide con los hallazgos de la OPS, cuyas investigaciones de los años ochenta del pasado siglo arrojaron que: “el patrón de mortalidad es diferente entre los sexos y ocasiona que los hombres ancianos sean cuidados por las mujeres, pero una vez que las mujeres enviudan, suelen ser atendidas por la familia, particularmente por sus hijas” y “los ancianos que tienen hijos, particularmente mujeres, tienen mejores posibilidades de ser atendidos en sus problemas básicos” (OPS, 1990b:9).

Sobre el tema de la familia en relación al anciano discapacitado, en Venezuela no hay aún estudios suficientes sobre este tema. El único estudio, realizado en un sector popular de la ciudad de Coro, estado Falcón, se centra en tipos de incapacidades y sus consecuencias. Lo de mayor interés en relación al tema de la familia fue el hallazgo de que la totalidad de los cuidadores eran hijas, y que presentaban los efectos de la sobrecarga por atender solas al anciano, con riesgo de claudicación del cuidador, concluyendo el estudio que: “aunque la mayoría de las familias mantienen y conservan su disponibilidad para atender a sus ancianos discapacitados, muchas veces lo hacen a un alto costo para ellas mismas”, abarcando la palabra costo aspectos económicos, sociales y psicológicos (Smith y Ders, 2000: 13-14). Sólo quedaría hacer hipótesis sobre por qué en este caso no funcionó la red femenina y el cuidado quedó a cargo de una hija, lo cual podría explicarse bien por demanda del mismo adulto mayor, por sentimientos de compromiso de las hijas para con sus progenitores o por evasión del resto de la red familiar en relación a la estereotipia negativa expuesta anteriormente, entre muchos escenarios que futuras investigaciones podrán aclarar. Estudios de otros países han coincidido en el hallazgo de relaciones de tipo familiar con especial significación de las hijas, preferencia por el cuidado de mujeres y parientes, así como en la presencia de una tipología del cuidador según el tipo de atención prestada: cuidadores principales y secundarios, dependiendo del tiempo y grado de ayuda dedicado al anciano (Rivera, Rivera y Zurdo, 1999:230-231; Goldani y Verdugo, 2005:274; Aguirre, 2005:17-18).

Reflexiones y conclusiones

Las redes femeninas forman parte de una estructura familiar matricentrada y extensa, donde las relaciones de reciprocidad entre consanguíneos se imponen como parte de una estrategia para afrontar la pobreza y/o suplir la inacción del Estado en materia de apoyo a la familia y la mujer trabajadora; de esta forma se potencia la cohesión grupal, a la vez que continúa la reproducción de relaciones asimétricas de género, en tanto la sociedad venezolana insiste en el manejo de una imagen patrisocial de la familia, la cual es reforzada por las mismas mujeres-madres.

La investigación social ha insistido en la imagen crecida de la mujer-madre y la minusvalía del varón-padre; sin embargo, el hecho real es que desde el seno mismo de la red femenina se forman nuevos hombres y mujeres que reproducen sin cesar una patrisocialidad a la que se supedita la mujer, quien pareciera desenvolverse en una contradicción estructural entre distintos planos y ejercicios de la autoridad que se enfrentan a su imagen matricéntrica: la que vive como mujer-madre, la que reconoce en el varón y la que jurídica y socialmente se maneja. Por otra parte, la investigación social ha insistido en la dicotomía nuclear-extenso y en el perfil de los actores sociales particulares para abordar la dinámica de la familia. Desde este trabajo, insistimos en la necesidad de visualizar el carácter extenso pero además el componente conglomerado de la familia popular venezolana, el cual requiere ser estudiado más a fondo para develar con mayor claridad la dinámica tanto de la estructura familiar como de las redes femeninas que en ella se generan y las opciones que el adulto mayor tiene a su interior.

A partir de la propuesta teórica de Duch y Mèlich consideramos que estas redes nos hablan de la *capacidad de habitar*, entendida esta como la generación de vínculos afectivos y efectivos de comunión y comunicación. Aquí afirmamos que el *habitar* es una práctica eminentemente femenina, cuando menos en relación al viejo y la vejez. A través del hábito (costumbres en torno al cuerpo y a la interacción social, prácticas cotidianas como la solidaridad y la responsabilidad) el individuo se orienta, articula lo individual –su cuerpo, su entidad personal- con lo social. Los hábitos tienen una finalidad práctica y estratégica. El cuerpo habituado “adquiere la capacidad para producir actos de conocimiento práctico o, lo que viene

a ser lo mismo, un sistema (duradero) de esquemas de producción de prácticas simbólicas” (Duch y Mélich, 2005:213-221).

La familia popular venezolana, con su carácter extenso y conglomerado, su eje matricentrado, sus redes femeninas y una capacidad probada para retener y dar apoyo al adulto mayor, se inserta en las llamadas estructuras de acogida en tanto que acogen y transmiten, a partir y a través del habitar, pautas que permiten a sus miembros “instalarse armónicamente en la espaciotemporalidad que le es propia” (Duch y Mélich, 2005:214). Las principales estructuras de acogida son: las de co-descendencia (familia, donde se establecen los fundamentos para la vida), co-residencia (ciudad, pueblo, país, representando acción y vida pública) y co-trascendencia (religiones, que representa creencias y prácticas simbólicas). (Duch y Mélich, 2005:213-225; Marín, 1999).

Para el caso específico del anciano es fundamental, ya que la atención a este grupo etéreo tiene en Venezuela un espectro muy reducido por parte del Estado, y costoso en el ámbito de la iniciativa privada. En este sentido, se reproduce lo encontrado en investigaciones y encuestas de los años ochenta del siglo pasado, realizadas en distintos países de las Américas, las cuales arrojaron que la familia es la principal fuente de apoyo para el adulto mayor, bien para las actividades de la vida diaria, en periodos de enfermedad, en la viudez o en caso de discapacidad; entre un 50-75% de los ancianos viven en familias extensas, con la pareja, hijos y nietos, lo cual a su vez se relaciona con niveles socioeconómicos bajos; y que este cuidado social informal no recibe respaldo alguno del Estado (Sánchez, 1994:362-363).

Al apoyar al anciano, las redes femeninas potencian la capacidad de habitar de la familia como una estructura de acogida, pudiendo así el adulto mayor proseguir su devenir y recibiendo los menores las pautas para una futura vejez. En ausencia de estas redes se asoman los procesos de institucionalización del anciano, como ha quedado demostrado en el estudio de Chirino, el cual detectó que en la medida que el anciano no está inserto en un núcleo familiar consanguíneo con presencia de redes femeninas se incrementa el factor de riesgo de la internación gerontológica. La colateralidad, es decir, el cuidado y apoyo proveniente de cuñadas, nueras u otras, se asocia a la debilidad familiar para retener

al anciano (Chirino, 1998).

La capacidad para habitar la vejez dentro de la familia es más producto de la transmisión no pautada formalmente de valores, usos, costumbres, vivencias y otros con fuertes connotaciones de estereotipia, bien positiva o negativa, que se puede advertir, por ejemplo, en la refranería y la música venezolana, y que los diversos estudios gerontológicos sobre estereotipos han abordado para el caso venezolano.

El reconocimiento que los ancianos hacen de las diversas labores ejecutadas por las mujeres en la familia (cuidado, compañía, apoyo...) remite a la noción de contacto expuesta por Duch y Mélich: “refiere a una relación humana íntima, a las corrientes de empatía entre personas, a las conexiones de tipo sentimental, a la auténtica comunicación, a menudo incluso sin palabras”. Aquí acotamos que la mujer tiene para con los mayores la capacidad de contacto y el tacto (sensibilidad, percepción, cortesía...) de que carecen los hombres, incapacitados socialmente para el cuidado de menores y mayores. Seguimos una vez más a Duch y Mélich cuando afirman: “por consiguiente, una persona trata con tacto a otra cuando, prácticamente, la considera *única*, con un rostro totalmente personal, al margen de las “direcciones” marcadas por unos principios generales o por unas normativas aplicables sin restricciones” (Duch y Mélich, 2005:222).

Históricamente, esta capacidad de tacto y contacto de la mujer hacia el anciano podría explicarse a partir de la división constitutiva de las relaciones sociales de dominación y de explotación instituidas entre los sexos expuesta por Bourdieu (2005). El hombre queda negado para lo doméstico, correspondiéndole lo exterior, oficial y público, también lo asociado a la agresión y la violencia; ello explicaría –en esta reflexión– su imposibilidad para desarrollar tacto y contacto con respecto a adulto mayor, ya que esto –en nuestra opinión– forma parte de lo que Bourdieu denomina “actos familiares, continuos, normales, repetitivos y monótonos (...) realizados en gran parte sin ser vistos, en la oscuridad de la casa, [por la mujer]...” (Bourdieu, 2005:64) ¿Qué hace posible esta práctica? Una economía de los bienes simbólicos sexada y androcéntrica donde el hombre negocia con el capital social y el capital simbólico, y las mujeres: “sometidas a un trabajo de socialización que tiende a menoscabarlas, a negarlas,

practican el aprendizaje de las virtudes negativas de la abnegación, resignación y silencio” (Bourdieu, 2005:67). Es precisamente este aprendizaje y la concentración en la mujer de una serie de bienes simbólicos (castidad, inferioridad, virtudes negativas...), que son sujetos de negociación entre hombres y que convierten a la mujer en objeto, lo que hace posible la reproducción al infinito de la mujer moderna desde sus diversas condiciones sociales.

En oposición a la vida pública del varón, corresponde a esta mujer en lo esencial el trabajo doméstico, lo privado, lo oculto, invisible o vergonzoso, incluyendo labores asociadas a la suciedad, monotonía y humildad, en el sentido de un bajo perfil. Desde esta posición discreta, resignada, subordinada y doméstica de la mujer moderna, habituada a las responsabilidades del ámbito hogareño, donde los niños y ancianos hacen mayor permanencia por distintas razones, tacto y contacto se unieron para generar empatías, afectos y comunicaciones de diversa índole, todos ellos girando en torno a la mujer. La modernidad del siglo XIX, entonces, potenció –si es que ya la había- la capacidad de habitar la vejez en la mujer, quien, liada a sus roles tradicionales, logró por siglos reproducir esta capacidad, que ha sido de utilidad económica y social, aunque considerada no productiva, y que en estos tiempos de discusión sobre el fin o declinar de la modernidad se acompaña de instrumentos legales y declaraciones de peso mundial o continental que reconocen el rol de la mujer y la familia con respecto al anciano.

Sin embargo, mientras la sociedad avanza manteniendo el vetusto discurso médico sobre el organismo envejecido, con todas sus repercusiones en la generación de información que se transmite a través de las estructuras de acogida, la mujer avanza en su inserción social y hace cada vez una mayor vida extra hogar, debilitándose o perdiéndose la práctica eminentemente femenina de habitar la vejez, sin que surjan las estructuras de apoyo y atención al anciano, quien ve perderse su tradicional soporte, sacrificado en aras de ingresar al contingente femenino como productor y consumidor extra hogar.

Pero en el caso venezolano se encuentra en los estratos populares una estructura familiar matricentrada, extensa y conglomerada nutrida por redes femeninas, estructura que, repartiendo ese habitar la vejez

entre diversas mujeres, nutre la relación familia-anciano mitigando o neutralizando las debilidades individuales que surgen, por ejemplo, del ingreso a la esfera laboral. La red contempla roles para hombres y mujeres de avanzada edad y educa a las más jóvenes para habitar la vejez mediante el ejemplo de las mayores y el testimonio vivo de los abuelos, introyectando así los descendientes valores, usos, costumbres y prácticas relacionados con el universo de la vejez.

Gracias a estas redes, la familia popular venezolana opera hacia el adulto mayor con mayor eficacia que la razón instrumental del Estado venezolano, plasmada en la reciente Ley del Régimen Prestacional de Servicios Sociales al Adulto Mayor y Otras Categorías de Personas, que con un sentido normativo enclavado en la modernidad, descarta posibilidades de cambio, de creación, de superación para este grupo, manteniendo una explicación funcional y dando cuerpo a una propuesta que no se preocupa por develar las relaciones de poder que subyacen bajo la pretendida disfunción a que se asimila la vejez (De Lima, 2005).

Es concluyente que para el caso venezolano, la familia popular, extensa y conglomerada con presencia de redes femeninas es la mayor fortaleza de las personas de avanzada edad para recibir apoyo social informal, para habitar la vejez, estando mejor posicionada la anciana que el anciano debido a que: procede del mismo universo doméstico, privado, oculto e invisible; conoce de esas labores asociadas a lo discreto, monótono y de bajo perfil; potencia en su vejez su condición subordinada y ello le acarrea una valorización al interior de un universo doméstico y femenino. Por el contrario, el anciano fue un ausentista crónico, a quien la vejez ha aproximado a un universo que le es, en lo esencial, extraño, donde no tiene mayores funciones que cumplir y por tanto sus opciones están condicionadas a la presencia de una hija dispuesta a asumir su cuidado y apoyo, y/o a la conservación de funciones similares a las ejercidas en su juventud y adultez que, aunque estén deprimidas y le proporcionen un menor ingreso, le permiten un anclaje en la estructura de la domesticidad.

Bibliografía

Aguirre, Rosario (2005). *Familias Urbanas del Cono Sur: Transformaciones Recientes. Argentina, Chile y Uruguay*. Disponible en Internet: <http://www.eclac.cl/dds/noticias/paginas/9/19679/RAguirre.pdf> (Recuperado el 1/04/2007).

Almécija, Juan (1992). *La Familia en la Provincia de Venezuela, 1745-1798*. Madrid: MAPFRE.

Blanco, Richard y María Salazar (2005). *Relación entre Familia Matrifocal y el Adulto Mayor. Caso Comunidades Rurales: Sector Centro de Punta Cardón, Estado Falcón y Paramán, Estado Anzoátegui*. Trabajo especial de grado inédito. Coro, Venezuela: Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, Programa de Gerontología.

Bourdieu, Pierre (2005). *La Dominación Masculina*. Cuarta edición. Barcelona: Anagrama.

CELADE (2005). *Boletín Demográfico*. Año XXXVIII, N° 76, julio 2005. Chile. Disponible en Internet: <http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/8/22688/BD76.pdf> (Recuperado el 27-01-2007).

Centro de Investigación Social, Formación y Estudios de la Mujer-CISFEM (1994a). *Situación de la Mujer en Venezuela*. Caracas: Edición CISFEM-UNICEF.

Centro de Investigación Social, Formación y Estudios de la Mujer-CISFEM (1994b). *Familia y Mujer: una Aproximación a la Realidad Venezolana*. Caracas: Edición CISFEM-UNICEF.

CEPAL (2003). *Las Personas Mayores en América Latina y el Caribe: Diagnóstico Sobre la Situación y las Políticas*. Disponible en Internet: <http://www.eclac.cl/celade/noticias/paginas/3/13233/DLE1973-Sintesis.pdf> (Recuperado el 26-01-2007).

CEPAL (2004). *Cambios de las Familias en el Marco de las Transformaciones Globales: Necesidad de Políticas Públicas Eficaces*.

Disponible en Internet: <http://www.eclac.cl/dds/noticias/paginas/9/19679/RHakkert> (Recuperado el 01-04-2007).

CEPAL (2006a). *La Protección Social de Cara al Futuro: Acceso, Financiamiento y Solidaridad*. Disponible en Internet: http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/9/24079/lcg2294e_Capitulo_IV.pdf (Recuperado el 24-01-2007).

CEPAL (2006b). *Panorama Social de América Latina 2006*. Disponible en Internet: http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/0/27480/PSE2006_Sintesis_Lanzamiento.pdf (Recuperado el 25-01-2007).

Chirino, Carmen (1998). *Factores que Inducen al Proceso de Institucionalización Gerontológica*. Trabajo especial de grado inédito. Coro, Venezuela: Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, Programa de Gerontología.

De Lima, Blanca (2005). *Del Campo y de la Ciudad: Envejecimiento Social y Pobreza en el Estado Falcón, Venezuela*. Rosario, Argentina. Memorias del I Congreso Latinoamericano de Antropología. 11 al 15 de julio de 2005. Formato digital.

Duch, Lluís (2002). *Antropología de la Vida Cotidiana. Simbolismo y Salud*. Madrid: Trotta.

_____ y Joan-Carles Mèlich (2005). Escenarios de la Corporeidad. *Antropología de la Vida Cotidiana 2/1*. Madrid: Trotta.

España, Luis (2003). *La Pobreza, Ingovernabilidad y Violencia en Venezuela*. Disponible en Internet: <http://servicio.cid.uc.edu.ve/derecho/revista/relcrim12/12-8.pdf> (Recuperado el 27-01-2007).

España, Luis (2006). *Las Cifras de la Pobreza en Venezuela. De las Medias Verdades a la Utilidad Verdadera*. Disponible en Internet: http://www.acuerdosocial.com/download/cdt_256.rtf (Recuperado el 27-01-2007).

Fernández, Fanny (1997). *Determinación de Estereotipos hacia la Vejez en Personas Adultas*. Trabajo especial de grado inédito. Coro, Venezuela:

Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, Programa de Gerontología.

Fernández, Liana (1995). *Hábitos de Crianza y Estructura Familiar en Familias Corianas: Estudio Exploratorio*. Trabajo de ascenso (Inédito). Coro, Venezuela: Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, Área Ciencias de la Salud, Departamento de Trabajo Comunitario.

_____ y Lila Reyes (2000). “Control de Comportamiento en Familias Extensas”. *Croizatia*, Vol. 1, Nº 1, enero-junio, pp. 39-45.

_____ (2000). “Representación Social de la Vejez. Estudio de Casos”. *Croizatia*, Vol. 1, Nº 2, julio-diciembre, pp. 99-105.

García, Ninfa (1996). *Satisfacción y Desempeño Social de la Mujer*. Tesis de maestría (Inédita). Valencia, Venezuela: Universidad de Carabobo, Área de Estudios de Postgrado, Maestría en Educación.

Goldani, Ana y Verdugo, Aída (2005). *Brasil: desafíos de las políticas para las familias*. Disponible en Internet: http://www.eclac.org/publicaciones/xml/5/20555/ssc42_Familia_Parte%202.pdf (Recuperado el 26-01-2007).

Guzmán, José y Huenchuán, Sandra (2005). *Políticas Hacia las Familias con Adultos Mayores: Notas Preliminares*. Disponible en Internet: http://www.eclac.org/publicaciones/xml/5/20555/ssc42_Familia_Parte%202.pdf (Recuperado el 26-01-2007).

Huerta, José (2006). *Ingreso Familiar y Pobreza en Venezuela*. Disponible en Internet: <http://mipagina.cantv.net/jbhuerta/pobreza.htm> (Recuperado el 27-01-2007).

Hurtado, Samuel (1998). *Matrisocialidad*. Caracas: Edición EBUC-FACES/UCV.

_____ (2003). “La Participación Discordante en la Familia y los Niveles de su Transformación Simbólica”. *Revista Venezolana de*

Economía y Ciencias Sociales, Vol. 9, N° 1, enero-abril, pp. 61-83.

Instituto Nacional de Estadística (2001). *Censo 2001*. Disponible en Internet: <http://www.ine.gov.ve/poblacion/distribucion.asp> (Recuperado el 24-01-2007).

Instituto Nacional de Estadística (2007). *Tips informativos*. Disponible en Internet: <http://www.ine.gov.ve/registrosvital/estadisticasvital.asp> (Recuperado el 27-01-2007).

Jerez, Roselyn (2006). *Los Abuelos y su Participación en el Proceso de Crianza de los Nietos. Urbanización Santa Irene, Municipio Carirubana, Estado Falcón*. Trabajo especial de grado inédito. Coro, Venezuela: Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, Programa de Gerontología.

Ledezma, Rhyris (1997). *Calidad de Vida y Economía Informal en Ancianos Buhoneros de la Ciudad de Coro, Estado Falcón*. Trabajo especial de grado inédito. Coro, Venezuela: Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, Programa de Gerontología.

López-Sanz, Rafael (2000). *Parentesco, Etnia y Clase Social en la Sociedad Venezolana*. Segunda edición. Caracas: Edición CDCH-UCV.

Marín, Xavier (1999). *Hacer Frente a la Pérdida de Confianza*. Disponible en Internet: <http://www.ua-ambit.org/jornadas99/ponencias/j99-xavier-marin.htm> (Recuperado el 31-12-2005).

Martínez, Cynthia, López, Yousett, González, Marié, et al. *Pobreza, política social, capital social y familia: una perspectiva necesaria para los proyectos de desarrollo*. CP. [online]. jul. 2004, no.33, p.10-26. Disponible en Internet: http://www.serbi.luz.edu.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0798-14062004007000002&lng=es&nrm=iso (Recuperado el 27/01/07)

Martínez, Emirelys y Clorimar García (2005). *Vulnerabilidad Social y Economía Informal en Ancianos Buhoneros de Punto Fijo, Estado Falcón*. Trabajo especial de grado inédito. Coro, Venezuela: Universidad Nacional

Experimental Francisco de Miranda, Programa de Gerontología.

Meléndez, Lizeth (1997). *Estereotipos y Vejez en la Televisión Venezolana*. Trabajo especial de grado inédito. Coro, Venezuela: Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, Programa de Gerontología.

Moreno, Alejandro (1997). *La Familia Popular Venezolana*. Segunda edición. Caracas: Edición Fundación Centro Gumilla, Col. Curso de formación sociopolítica, N° 15,

_____ (2002). *Buscando Padre. Historia de Vida de Pedro Luis Luna*. Valencia, Venezuela: Edición Universidad de Carabobo.

Mora, José. “La productividad multifactorial y el crecimiento económico en Venezuela”. *Revista Actualidad Contable FACES*. [online]. Jul-Dic., Año 9, no. 13, p.92-104. Disponible en Internet: <http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/17391/1/articulo8.pdf> (Recuperado el 08/10/08).

ONU (1999). *Año Internacional de las Personas Mayores 1999. Marco Conceptual*. Disponible en Internet: <http://www.un.org/esa/socdev/iyop/esiyf1.htm> (Recuperado el 24-12-2006).

OPS (2003). *La Familia y la Salud*. Disponible en Internet: <http://www.paho.org/spanish/gov/cd/cd44-10-s.pdf> (Recuperado el 31-01-2007).

OPS (1990a). *Las Mujeres de Edad Mediana y Avanzada en América Latina y el Caribe*. Washington: Edición OPS.

OPS (1990b). *Programa de Promoción de la Salud de los Ancianos para Latinoamérica y el Caribe, Basados en la Investigación. Informe de un Grupo de Trabajo*. Washington: Edición OPS.

Otalora Montenegro, Cristina y Mora Salas, Leonor. “La Familia Popular Venezolana: el Significado de la Infidelidad en el Contexto de la Pobreza”. CDC. [online]. Abril, vol.21, no.55, p.77-102. Disponible en Internet: <http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1012-25082004000100005&lng=es&nrm=iso>. ISSN 1012-2508 (Recuperado

el 27 Enero 2007).

Paredes, Rosa (2005). “Las Mujeres en Venezuela: Estrategias para Salir de la Pobreza”. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*. Junio, vol. 10, no. 24, p. 17-42. Disponible en Internet: <http://www.revele.com.ve/pdf/mujer/vol10-n24/pag17.pdf> (Recuperado el 31 de Enero 2007).

Revilla, Edison (1999). *Imagen de la Vejez en la Publicidad Impresa Venezolana*. Trabajo especial de grado inédito. Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda, Programa de Gerontología, Coro, Venezuela.

Rivera, Jesús, Rivera, Sara y Zurdo, Ángel. “El cuidado informal a ancianos con demencia: análisis del discurso”. *Revista Multidisciplinar de Gerontología*. [online]. Oct-Dic., vol. 9, no. 4, p.225-232. Disponible en Internet: http://www.nexusediciones.com/pdf/gero1999_4/g-9-4-005.pdf (Recuperado el 1 Abril 2007).

Sánchez, Antonio (1977). “Imagen y Estereotipos Acerca de los Ancianos en Venezuela”. *Revista Latinoamericana de Psicología*, Vol. 14, N° 3, pp. 366-379.

Sánchez, Melba (1994). “El Apoyo Social Informal”. En: Anzola, Elías y otros (editores), *La Atención de los Ancianos: un Desafío para los Años Noventa*. Washington: Edición OPS, Publicación Científica N° 546, pp. 360-368.

Sánchez, Yulitza (1999). *La Familia como un Apoyo para el Anciano. Urbanización Cruz Verde. Coro, Estado Falcón*. Trabajo especial de grado inédito. Coro, Venezuela: Programa de Gerontología, Área Ciencias de la Salud, Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda.

Smith, Flor y Ders, Katuska (2000). “La Discapacidad en la Vejez”. *Croizatia*, Vol. 1, N° 1, enero-junio de 2000, pp. 11-14.

Sívoli, Ligdia (1994). *Modelo Social de Envejecimiento. Barrio Pueblo Nuevo. Coro*. Trabajo especial de grado inédito. Coro, Venezuela: Programa de Gerontología, Área Ciencias de la Salud, Universidad

Nacional Experimental Francisco de Miranda.

Vethencourt, José (1974). “La Estructura Cultural Atípica y el Fracaso Histórico Cultural en Venezuela”. *Revista SIC* N° 362, Caracas, febrero de 1974, pp. 67-69.

Villasmil, Ricardo (2008). *La Resaca del 2007*. Enero. Disponible en Internet: http://www.pensarenvenezuela.org.ve/publicaciones/ricardo%20villasmil%20bond/Ricardo_Villasmil_LA_RESACA_DEL_2007_Tal_cual-Mensual_31-01-08.pdf (Recuperado 8 Octubre 2008).

Yedra, Yulianys (1995). *Status y Roles del Anciano en el Medio Rural*. Trabajo especial de grado inédito. Coro, Venezuela: Programa de Gerontología, Área Ciencias de la Salud, Universidad Nacional Experimental Francisco de Miranda.